

tes de su ortodoxia y verán la fe viva y ardiente en sectas que no tienen del cristianismo histórico más que el nombre. A los que piensan que las religiones se van, les responderemos que mutilan la naturaleza humana, que la fe es un elemento de nuestra naturaleza, lo mismo que la razón. De ahí concluimos que la religión es imperecedera y que subsistirá tanto tiempo como dure la humanidad. Si, pues, el género humano está destinado á vivir todavía, es imposible que no tenga una religión, porque la religión es el pan de vida del alma.

¿Cómo se llevará á cabo la transformación religiosa que espera la humanidad? Ahí está el misterio del porvenir. Todo lo que puede afirmar la filosofía de la historia es que la religión futura procederá del cristianismo, como el cristianismo ha procedido de lo pasado. Puede también prever que, del mismo modo que el establecimiento de la religión cristiana ha sido favorecido por una de aquellas revoluciones de que solo Dios tiene el secreto, otras revoluciones favorecerán un nuevo desenvolvimiento del cristianismo. Para aquellos que quieren servirse de sus ojos para ver, esto es ya algo más que una hipótesis. ¿Es esto decir que debemos confiar exclusivamente en la Providencia y que la humanidad deba esperar con los brazos cruzados á que Dios haga milagros para salvarla? La libertad es un elemento esencial de la vida de la humanidad, y su importancia aumenta á medida que el hombre adquiere la conciencia de la acción que ejerce sobre su destino. Al advenimiento del cristianismo el mundo era todavía pasivo; no creía en su libertad, no creía ni aún en la libertad de los dioses que adoraba; un ciego fatalismo gobernaba todas las cosas, lo mismo en la tierra que en el cielo. Hoy el sentimiento de la libertad es poderoso al lado de la convicción de un gobierno providencial. Lo cual es decir que la responsabilidad del hombre ha aumentado igualmente. Si conoce que hace su propio destino, debe obrar en consecuencia. Dios no le ayudará más que á condición de que se ayude á sí mismo. ¿Cuál es el deber que tiene que llenar en el dominio religioso? Debe manifestar sus convicciones y obrar en conformidad con estas creencias. Entonces habrá merecido que Dios venga en su ayuda, y este apoyo no le faltará.

---

## LIBRO PRIMERO.

### ORÍGENES DEL CRISTIANISMO.

---

#### CAPÍTULO I.

##### EL CRISTIANISMO Y LA ANTIGÜEDAD.

---

En el mundo moral no hay revolución repentina. La humanidad avanza hacia el cumplimiento de su destino por medio de un progreso incesante, pero lento é insensible. Cada edad se aprovecha de los trabajos anteriores y contiene en germen un futuro desenvolvimiento. La antigüedad ha preparado el cristianismo. El Evangelio es á la vez un legado del pasado y una profecía del porvenir. ¿Por qué lazos se liga al mundo antiguo? ¿Cuáles son los sentimientos y las ideas que le han hecho el principio de una nueva era?

Quando se compara la antigüedad á la humanidad actual, llama la atención una diferencia fundamental. Hay hoy en las inteligencias un espíritu de unidad que domina sobre las necesidades que resultan del clima y de las nacionalidades. Los pueblos antiguos vivían aislados. En el Oriente se desarrollan, á la sombra de los santuarios, civilizaciones que quedan ignoradas del Occidente. La Grecia despliega en pequeñas ciudades divididas, hostiles, las riquezas de su admirable genio. Roma nace y crece en la oscuridad. Sin embargo, las barreras que separan á los pueblos están



próximas á caer. La guerra los aproxima, la conquista los une. Las doctrinas, las religiones, entran en contacto; al mezclarse pierden la rigidez y el espíritu exclusivista que caracterizan á las ideas nacidas en la soledad. Algunos dogmas y creencias se desprenden del caos de las sectas filosóficas y religiosas. Eran los gérmenes de una fase nueva de la humanidad. Dicen los astrónomos que la materia de los astros se prepara y se reúne en el cielo ántes que se formen. Del mismo modo al fin de la antigüedad existían, esparcidos en el mundo moral, las ideas y los sentimientos que debían producir el cristianismo. No faltaba más que una fuerza que reconcentrase estos elementos y los vivificase. Esto es lo que hizo Jesucristo.

El cristianismo no es, pues, una concepción enteramente nueva. Una religión sin raíces en el pasado es completamente imposible. Para que la semilla germine y fructifique es menester que el suelo esté preparado para recibirla. Una religión que no tuviese lazo alguno con la humanidad sería una lengua ininteligible, un sonido que heriría el oído, pero que no hallaría eco en la inteligencia y en el corazón. Los dogmas que forman la esencia del cristianismo habían sido reconocidos ó vislumbrados por los reveladores y los pensadores del Oriente y de la Grecia (1). Pero las religiones los mezclaban con errores y los filósofos con interminables disputas. El cristianismo se apoderó de las verdades adquiridas; las despojó de las supersticiones que las oscurecían, desechó el espíritu de discusión que engendra la duda: los resultados de las investigaciones filosóficas se convirtieron en creencias (2).

¿Cómo se verificó esta transformación? Este es el misterio de las revelaciones. Nunca es tan manifiesta la acción de la Providencia sobre la humanidad como en las épocas solemnes de renovación religiosa. Los cristianos han hecho del fundador del cristianismo el

(1) LACTANT., *Divin. Instit.*, VII, 7: «*Facile est docere pæne universam veritatem per philosophos et sectas esse divisam.... Si exstitisset aliquis, qui veritatem sparsam per singulos, per sectasque diffusam colligeret in unum ac redigeret in corpus, is profecto non dissentiret à nobis.*»

(2) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*: «El cristianismo, llevando en sí su propia luz, ha recogido todas las luces que podían unirse á su esencia. Es una especie de eclecticismo superior, una elección exquisita de las verdades más puras.»

Hijo de Dios; han atribuido á su amor hácia los hombres su paso por esta tierra. La filosofía puede aceptar la idea. No cree que Cristo sea Dios, porque no puede creer que el Creador sea criatura. Pero la diferencia que separa á los filósofos de los creyentes no es tan grande como se la supone. ¿Qué importa que Jesucristo sea uno con Dios, como Hijo coeterno con el Padre ó como hombre? Bajo el punto de vista de la dominación de la Iglesia, hay ciertamente un abismo entre las dos concepciones; pero bajo el punto de vista del desenvolvimiento progresivo de la humanidad, la venida de Cristo es un hecho providencial, áun cuando no se viera en él más que un profeta como Moisés, y la *buena nueva* es una palabra inspirada por Dios, sea cualquiera el órgano que haya escogido para comunicarla al mundo. ¿Y á quién debemos este beneficio sino á la infinita caridad del Creador hácia sus criaturas? Si, fué precisa una efusión del amor divino para salvar á la humanidad. El mundo antiguo carecía del sentimiento de la caridad; de aquí el espíritu de división, la guerra de las clases, la esclavitud y la decadencia. Era preciso unir de nuevo á los hombres, penetrarlos de las ideas de fraternidad y de igualdad que la filosofía había reconocido, pero que en sus manos habían permanecido estériles. La caridad fué quien produjo aquella revolución, el más admirable de los milagros verificados por Jesucristo (1).

El cristianismo es el fin á que conducen todas las especulaciones filosóficas y religiosas de la antigüedad; puede, pues, afirmarse que ha heredado de todas las religiones y de todas las filosofías. Tal vez desconocemos la relación; pero ¿qué importa? No por esto deja de existir. El mosaismo recoge las concepciones del genio sacerdotal del Egipto y del Oriente. Jesucristo continúa la obra de Moisés; viene, no á destruir la ley antigua, sino á completarla. El Evangelio no es una doctrina, es un fuego que enciende las almas. Pero toda religión necesita de una doctrina. San Pablo funda sus bases y se desarrolla bajo la influencia de la filosofía griega.

(1) «El único objeto de la Escritura es la caridad.» *Pascal.*



## CAPÍTULO II.

### BUDDHISMO, MAZDEISMO Y CRISTIANISMO.

El cristianismo, como todas las religiones que dirigen hoy las almas, nació en Asia. En el Oriente, pues, debemos buscar sus raíces. En la época en que Jesucristo predicó la *buena nueva*, tres poderosas religiones reinaban en Asia. El helenismo invadió el Oriente en pos de las falanges de Alejandro, pero no tuvo fuerza para asimilarse los pueblos que seguían á Moisés, á Zoroastro y á Buddha. El *buddhismo* había eclipsado momentáneamente al brahmanismo; dominaba en gran parte del Asia. Cuando se tiene en cuenta el proselitismo ardiente de los budhistas y las relaciones que existían entre el vasto imperio de los Seléucidas y la India, no puede dudarse de que la religión que tuvo poder para romper las barreras de la China se haya extendido igualmente en el Asia occidental. En otro lugar hemos apreciado la doctrina de Buddha (1). A primera vista, lo que se llama el ateísmo budhista parece alejar toda idea de parentesco entre el buddhismo y el cristianismo. Pero, como se ha hecho notar varias veces, la teología tiene muy poca parte en la predicación evangélica y en el cristianismo primitivo; más bien que ideas abstractas predominan allí ciertos sentimientos. ¿Y cuál es el sentimiento que inspira la enseñanza de Cristo? La caridad. La caridad es también quien animaba la amorosa alma de Buddha. ¿Cuál es el carácter distintivo del buddhismo? Un espiritualismo desordenado, el desprecio del

(1) Véase el tomo I de mis *Estudios*, p. 210-255 (de la edición española).

mundo y de la vida llevado hasta un deseo desenfrenado de la muerte. Este mismo espiritualismo, con todos los excesos que le acompañan, respira en los sermones y parábolas de Jesucristo. Al desarrollarse el cristianismo tomó más y más las maneras y las tendencias de la Iglesia budhista. Los Padres de la Iglesia están unánimes en decir que la santa existencia de los monjes es la realización de la perfección evangélica, es decir, de la esencia misma del cristianismo. Ahora bien, los budhistas han tenido conventos seis siglos antes del establecimiento del cristianismo, y el monaquismo de los discípulos de Buddha se parece, punto por punto, al monaquismo de los cristianos. Las analogías son tan íntimas, tan precisas, que hay que admitir un lazo entre las dos creencias. En vano los escritores cristianos han tratado de escapar de la fuerza de esta inducción, señalando las considerables diferencias que separan á las sociedades cristianas y á los estados budhistas: cuando se mira de cerca, estas pretendidas diferencias llegan á ser nuevas relaciones entre las dos religiones. El buddhismo, se dice, desconoce la libertad; allí donde reina, reina también el despotismo. A estos imprudentes apologistas del cristianismo les preguntaremos si no reinaban también juntos en Constantinopla el Evangelio y el más degradante despotismo. ¿No se dan la mano todavía en el siglo XIX? Si, pues, tenemos la felicidad de vivir bajo un régimen de libertad, ¿debemos dar las gracias al Evangelio, ó á la raza germánica que ha neutralizado la funesta influencia de un espiritualismo excesivo? Gracias á los Germanos, no ha sido la Europa cristiana una reproducción de la India. Después de esto, confesamos que es imposible seguir en la historia la cadena que une el buddhismo y el cristianismo. Pero no tendríamos razón en invocar nuestra ignorancia para negar relaciones que son claras como la luz del sol.

Las relaciones del cristianismo con la doctrina de los Magos son también incontestables (1). Ya los Padres de la Iglesia han hecho notar la semejanza que existe entre las dos religiones. Admirados de encontrar el santo sacrificio de la misa entre los idólatras, atribuyeron, en su horror al paganismo, aquella singular analogía

(1) Véase el tomo I de mis *Estudios*, p. 273-279 (de la edición española).



al enemigo del género humano. La explicacion no es muy satisfactoria. Los libros sagrados de los Parsos han arrojado alguna luz sobre uno de los puntos más oscuros de los orígenes cristianos. Jesucristo dijo á sus discípulos: «Yo soy el pan de la vida. Aquel que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, porque mi carne es verdadero alimento y mi sangre verdadera bebida....» (1). La idea de Dios haciéndose carne y dando la vida á los que comen este pan de vida no tiene más que una relacion remota con la comida pascual de los Judíos; la eucaristía mosaica es un sacrificio, al paso que la eucaristía cristiana es un sacramento. ¿Cómo ha tenido nacimiento esta concepcion que confunde la razon humana? Substancialmente existe en el mazdeismo. La persona divina, bajo la forma de una bebida, entra en el hombre y le da la vida; el acto principal del culto consiste en el sacrificio del *Hom*, llevado á cabo por el sacerdote en presencia y en favor de los fieles. El *Hom* es un vegetal de las montañas; es tambien en la religion de Zoroastro el nombre más antiguo de Dios. El *Hom* consagrado es Dios mismo; da la vida, porque es la persona de Dios la que se supone comida por el hombre (2). Esta analogía entre la eucaristía mazdeista y el sacramento cristiano sería un hecho de una importancia capital si fuese cosa averiguada que la idea primera del dogma fundamental del cristianismo se remonta á la tradicion de Zoroastro. Pero la oscuridad que envuelve todavía los orígenes del mazdeismo y la incertidumbre que sigue reinando acerca de la época en que fueron redactadas las diversas partes de los libros sagrados de los Parsos, no nos permiten insistir en ello.

Otros lazos hay entre el mazdeismo y el cristianismo sobre los cuales no puede haber duda. El dogma de la resurreccion juega un papel considerable, no sólo en la teología cristiana, sino tambien en el establecimiento mismo del cristianismo. Puede decirse que la Iglesia cristiana tiene su punto de partida en la resurreccion de Cristo. Ahora bien, ¿á qué religion pertenece la idea de que el hombre despues de su muerte renace en cuerpo y alma? Es-

(1) JUAN, VI, 48-59.

(2) REYNAUD, en la *Enciclopedia nueva*, en la palabra *Zoroastro*, t. VIII, páginas 816 y sigs.

taba muy extendida entre los judíos, lo cual explica la facilidad con que los discípulos de Jesucristo dieron fe á un milagro imposible. ¿Pero de dónde la tomaron ellos? No es de la tradicion mosaica, que desconocia hasta la creencia en la inmortalidad. Los escritores cristianos, á pesar de su repugnancia por buscar en el Oriente los gérmenes del cristianismo, se ven obligados á confesar que el dogma de la inmortalidad data del destierro de los israelitas. No se puede, pues, sin cerrar intencionadamente los ojos á la luz, negar el origen mazdeista de esta doctrina fundamental; lo cual basta para relacionar el cristianismo con la religion de Zoroastro. En este caso ya, podemos dejar creencias más secundarias, tales como la de los ángeles y de los demonios, áun cuando tengan tambien su importancia como elemento de las supersticiones cristianas. Los ángeles y los demonios figuran en todas las páginas del Evangelio; el maestro cree en ellos lo mismo que sus discípulos; así, pues, bajo este aspecto, aquél á quien los cristianos adoran como Hijo de Dios, procede de Zoroastro.

Pero el decir que el cristianismo tiene relaciones con el buddhismo y el mazdeismo, ¿es decir que sea un plagio de las religiones orientales? Cuando decimos que el cristianismo tiene su origen en las doctrinas anteriores, no por esto decimos que se deduce de ellas como un sistema filosófico de otro. En cada época hay un conjunto de ideas y de creencias que son el producto del trabajo incesante de la humanidad. Los mayores genios son dominados por el espíritu general de su tiempo, áun cuando abran el camino á un nuevo desarrollo de la ciencia. ¿Cómo han de escapar los reveladores á una ley que no admite excepcion, puesto que está fundada en la naturaleza humana? Una prueba bien clara es lo que estamos diciendo de la doctrina mazdeista. Es posible que ni Jesucristo, ni ninguno de sus contemporáneos conocieran la existencia de Zoroastro y de su doctrina; pero esto no impide que Cristo y sus discípulos, al hablar de ángeles y de demonios y al predicar la resurreccion, procedan del mazdeismo. Lo mismo sucede con el espiritualismo buddhista. No tratamos de hacer de Jesucristo un discípulo de Buddha; es cierto, sin embargo, que la concepcion de la vida que se deriva de un espiritualismo excesivo estaba extendida por toda el Asia. Como tiene un atractivo parti-



cular para las almas religiosas, los Judíos pudieron adoptarla lo mismo que los demas pueblos del Oriente; de hecho la encontramos entre los Esenios; Jesucristo tambien se ha inspirado en ella; espíritu esencialmente religioso, ha debido tener los defectos de sus cualidades. Pero aún teniendo sus raíces en lo pasado, las religiones hacen dar á la humanidad un nuevo paso hácia el porvenir. La superioridad del cristianismo sobre el buddhismo y el mazdeismo es incontestable. No la buscaremos en el espíritu de libertad de que carece el Oriente, al paso que caracteriza á la Europa cristiana; hemos dicho ya, y nuestro trabajo lo probará hasta la evidencia, que los pueblos modernos deben este beneficio, no á la religion, sino á la sangre germana que corre por sus venas. El cristianismo aventaja á las religiones del Oriente por su concepcion de Dios. El buddhismo conduce á un panteismo desenfrenado, al aniquilamiento de las criaturas. El mazdeismo apenas reconoce un Dios creador: ¿cómo había de ver en todos los hombres hermanos que deben amarse, porque están unidos en Dios, si no percibia el lazo que une al hombre con Dios?

### CAPÍTULO III.

#### MOSAISMO Y CRISTIANISMO.

El fundador del cristianismo nació en la Judea; predicó la palabra de vida á los Judíos; murió víctima de su odio. Estas circunstancias exteriores marcan los designios de la Providencia. El cristianismo procede de toda la antigüedad, pero más especialmente del mosaismo (1). En el pensamiento de Jesucristo, su predicacion no es una innovacion, es el desarrollo de una doctrina anterior: «No ha venido á abolir la Ley y los profetas, sino á darles cumplimiento» (2). El mosaismo era digno de dar nacimiento á Cristo. Ninguna religion de la antigüedad había tenido una nocion tan pura, tan elevada de la divinidad. El panteismo es el vicio manifiesto ú oculto de todos los sistemas religiosos ó filosóficos de los antiguos. Moises distingue claramente á Dios del mundo, de quien es el creador. Esta idea abre un abismo entre Dios y el hombre. Si la humanidad se relaciona con su autor, no es para confundirse con él, sino para buscar en su origen divino los principios de caridad y de fraternidad que deben regirla. Ignórase si estas sublimes verdades se remontan á Moises, ó si se han desarrollado sucesivamente en el trascurso de las edades. Lo que sí es cierto es que no habían penetrado en la conciencia general de los hebreos. La observancia de las ceremonias legales ahogó la ca-

(1) Los Padres de la Iglesia están unánimes sobre este punto. ORÍGENES dice del cristianismo: *ἡρτηται τοῦ Ἰουδαϊσμοῦ* (c. *Cels.*, I, 2.—C. EUSEB., *Præp. Evang.*, XIV, 3).

(2) MATEO, V, 17.



ridad (1). En cuanto á la fraternidad no pudo abrirse paso á través del orgullo de una raza que se vanagloriaba de su alianza con Jehová. El sentimiento religioso mismo acabó por alterarse y perderse en una parte de la nacion.

Sabido es que á la vuelta del destierro, animó á los Judíos una vida nueva. Bajo la influencia de este movimiento religioso, la nacion se dividió en tres sectas. Los *Saduceos* tenían la pretension de seguir el mosaísmo puro; no reconocían más ley que el Pentateuco; pero á fuerza de respetar la letra, mataban el espíritu. Como la inmortalidad del alma no estaba escrita en ningun texto, la rechazaban. Esto era destruir el sentimiento religioso; cuando se separa al hombre de la eternidad, no le queda ya lazo alguno con Dios. El saduceísmo es el epicureísmo de los Judíos, la religion de las clases ricas, que no piensan más que en gozar de los bienes de la tierra (2). En cuanto á los *Fariseos*, su nombre ha llegado á ser una injuria que las sectas religiosas lanzan unas á otras (3). Los Fariseos eran los sabios, los doctores del judaísmo; del mismo modo que los Saduceos, se atenían al texto de la Ley, pero en lugar de desenvolverla y ensancharla, la estrechaban por sus interpretaciones. Sin embargo, conservaban el instinto, la necesidad de la religion; ardientes defensores de la inmortalidad del alma, sus oraciones y sus limosnas atestiguan la influencia bienhechora del mosaísmo. Pero la hipocresía viciaba sus virtudes; no tenían la caridad que une; estaban animados por el orgullo que divide (4). Hay entre el fariseísmo y el espíritu cristiano una oposicion fundamental. Brilla en los Evangelios. Jesucristo, tan lleno de mansedumbre y de indulgencia, no tiene

(1) «*Lex, justitiam tenax, clementiam non habebat*». HIERONYM., *Ep. ad Damas* (t. IV, parte 1.<sup>a</sup>, p. 149).

(2) JOSEPH, *Antiq.*, XVIII, 1.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 69-72.

(3) Lutero veía el fariseísmo encarnado en el catolicismo. A su vez él mismo fué tratado de fariseo por los anabaptistas. Véanse otros rasgos de estas disputas en ERSCH, *Encyclopädie*, en la palabra *Pharisäer*, sect. III, t. 22, p. 34.

(4) ORÍGENES deriva el nombre de fariseo de la palabra hebrea *phares*, que significa *dividir*. «Los fariseos, dice, se separaban de los demás hombres, diciendo: «no os aproximéis más, porque yo soy puro» (ORÍGEN., *Comment. in Matth.*, Op., t. III, p. 843).

«contra los Fariseos más que palabras de cólera: «*¡Ay de vosotros, hipócritas, que pagáis el diezmo y no hacéis caso de la justicia, la misericordia y la fe! ¡Guías ciegos que coláis un mosquito y dejáis pasar un camello!*» Lo mismo el fariseísmo que la filosofía de los paganos, estaban infectados de un vicio que se encuentra por todas partes en la antigüedad: el espíritu aristocrático. «Los Fariseos buscaban los primeros lugares en las sinagogas, gustaban de que se les saludase en las plazas públicas y que se les llamase maestros.» Necesitaba la humanidad una doctrina más amplia. «*No queráis ser llamados maestros*, dice Jesus, *porque no tenéis más que un maestro, y vosotros todos sois hermanos. El más grande de entre vosotros será vuestro servidor. Porque el que se ensalzare, será humillado, y el que se humillare será ensalzado*» (1).

Las relaciones del cristianismo con la tercera secta, los *Esenios*, son objeto de una viva controversia entre los cristianos y los filósofos. Éstos no ven en el cristianismo más que una copia de la doctrina de los *Esenios*, al paso que aquéllos trasforman á los solitarios judíos en discípulos de Cristo. Hemos dicho en otro lugar que hay incontestables analogías entre la doctrina de Jesucristo y las creencias de los *Esenios* (2). Los *Esenios* enseñaban, como Jesus, que es menester buscar el favor de Dios, no cumpliendo las ceremonias de la Ley, sino santificando el corazón. Del mismo modo que Cristo, reducían toda la religion al amor de Dios, principio del amor de los hombres. Sus sentimientos se armonizaban tan bien con el cristianismo, que los Padres de la Iglesia los tomaron por cristianos. Había por una y otra parte la misma preocupacion de una vida santa, la indiferencia, casi el desden de la ciencia, el deseo de la paz, de la castidad, de la pobreza; el desprendimiento del mundo, la comunidad de bienes, signo de caridad y fraternidad (3). Cuando hay relaciones tan ín-

(1) MATEO, c. XXIII.

(2) Véase sobre la doctrina de los *Esenios* el tomo I de mis *Estudios*, p. 415-420 (de la edicion española).

(3) Las relaciones entre el cristianismo y el esenianismo han sido señaladas por los librepensadores, enemigos de la religion cristiana. Esta filiacion ha encontrado tambien apoyo entre los historiadores y filósofos. STARBUHLIN (*Geschichte der christlichen Moral*, t. I, p. 572) sostiene que Jesucristo fue educado por los *Esenios*; hace de él un misionero, un profeta de aquella secta. Las mis-



timas entre una secta judaica y el cristianismo, que en un principio no era á su vez más que un partido judío, ¿no es más que probable que Jesucristo se inspirase con preferencia en esta faz del judaismo? (1). Si los escritores cristianos lo niegan es por que quieren hacer á todo trance de Cristo un sér superior á la humanidad, un sér divino, en una palabra, el Hijo de Dios. Pero en su celo excesivo olvidan las palabras de Jesucristo; llegan hasta á decir que rechaza el esenianismo y sus tendencias ascéticas; y sin embargo, se ven obligados á confesar que esas mismas tendencias dominaban entre los que habian oido la predicacion de la *buen nueva*, y que no tenian más que un deseo, el de entrar en el reino de Dios (2).

Sin embargo, decir que Jesucristo no fué más que un misionero esenio, sería ir más allá de lo verdadero. El esenianismo tenía su principio en la Ley antigua, pero se mezclaba con elementos orientales que le aproximaban más á la India que al Occidente. Aun practicando la igualdad, admitia diversos grados de iniciacion: la desigualdad de castas reaparecia en el seno de una sociedad de iguales (3). Por íntimos que se supongan los lazos entre los Esenios y Jesucristo, no difieren en el fondo de las relaciones que existen entre el cristianismo y toda la antigüedad; se inspiró en ellos, pero sobrepujándolos. El esenianismo no era más que una secta, medio judía, medio oriental, al paso que el cristianismo es un movimiento inmenso, que se dirigió á la humanidad entera: absorbió los elementos que contribuyeron á su formacion. Desde que Jesucristo aparece, los Esenios desaparecen.

Tal era el estado de la sociedad judía cuando Jesucristo anunció que venía á cumplir la Ley y los profetas. El mosaismo no podia ser la religion de la humanidad más que con la ayuda de una revolucion nueva. En vano Moisés y los profetas concibieron las

mas ideas han sido emitidas anteriormente por P. LEROUX y J. REYNAUD (Véase el tomo I de mis *Estudios*).

(1) REUSS, *Historia de la teología cristiana en el siglo apostólico*, t. I, p. 165, 295, 19 y sig.; 116-125, 265 y sig.

(2) Uno de los últimos historiadores del cristianismo dice que es preciso conocer de todo sentido histórico para no ver que los Esenios fueron los precursores de Jesucristo (GFRÖBER, *Geschichte des Christenthums*, t. I, p. 153).

(3) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 76, 83.

ideas de unidad, de fraternidad, de caridad; no tuvieron poder para trasformar la nacionalidad hebraica. El carácter exclusivo de la antigua Ley impidió que fructificasen los gérmenes del porvenir que encerraba. Al parecer, el monoteismo judío excluye toda idea de nacionalidad; porque el Dios único es necesariamente el Dios de todos los hombres, y todos los pueblos son iguales á sus ojos. En realidad, el Dios uno que adoraban los judíos era más particularmente el dios de su raza, de la raza elegida. Resultó de ahí que se vició profundamente el concepto de Dios y todas las ideas que de él se deducen. Los Judíos creian en la unidad, pero la concebían bajo la forma de una dominacion temporal que lisonjeaba el orgullo del pueblo elegido. Sus libros sagrados enseñaban que los hombres son hermanos, y los Judíos evitaban el contacto de un extranjero como el de un sér impuro. El mosaismo era una doctrina de caridad; sin embargo, Jesucristo censura á los Judíos su dureza de corazon (1); los Padres de la Iglesia los acusan de no amar á Dios, ni á los profetas, ni á su prójimo (2); Maimónides, el sabio, el humano doctor, enseña que si un idólatra cae en el agua, no debe librarle un judío de la muerte (3). Así el mosaismo siguió siendo una religion nacional. Este carácter alteró hasta la esencia de la religion. Hoy la religion es una relacion esencialmente individual que liga al hombre con Dios. No sucedia lo mismo con el judaismo. Jehová habia hecho alianza con la nacion; para aprovecharse del beneficio de este contrato era preciso pertenecer al pueblo con el cual Dios lo habia celebrado. Esta es la razon porque los doctores judíos fracasaron en su obra de propaganda: á pesar del celo que los animaba, no podian conseguir su objeto. Su proselitismo era un círculo vicioso; querian extender el imperio del Dios uno sobre toda la tierra, y pedian que todas las naciones se hiciesen judías. Esto era imposible, porque es contrario á los designios de Dios. Para ser el Dios de todas las naciones debia dejar de ser Jehová el Dios de los judíos. En este sentido es como Jesucristo cumplió la Ley.

(1) MATEO, XIX, 8.

(2) JUSTIN, *Dialog. c. Tryph.*, c. 93: οὐτε πρὸς Θεὸν, οὐτε πρὸς τοὺς προφῆτας, οὐτε πρὸς ἑαυτοὺς φιλίαν ἢ ἀγάπην ἔχοντες, οὐδέποτε ἐδείσχητε.

(3) BASNAGE, *Historia de los judíos*, libro VI, c. 28.